EL DILEMA DE LA SOCIALDEMOCRACIA EUROPEA



LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAISO

Por primera vez en la historia, el Partido Socialista Obrero Español, en el gobierno, y el sindicato socialista UGT celebrarán el 1° de Mayo por separado. En Gran Bretaña, el laborismo contempla impávido a Margaret Thatcher, que próximamente festejará sus diez años en el poder. En Italia, el secretario general del Partido Socialista Italiano (PSI), Bettino Craxi, insiste en que si el Partido Comunista piensa en una posible unidad de la izquierda, tiene que empezar por "cambiar de nombre". En este suplemento, el director del diario *El País* de Madrid, Joaquín Estefanía, el académico y periodista británico Donald Sassoon y el italiano Paolo Flores D'Arcais razonan sobre el incierto porvenir de la socialdemocracia europea. A pesar de las distancias, ciertos ejes de ese debate son aplicables también a la izquierda latinoamericana.

Suplemento de Investigación y Reportajes de Página/12

LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAISO

Tras la traumática huelga del 14 de diciembre pasado que enfrentó al gobierno y a los sindicatos socialistas, los españoles se han unido dramáticamente a los problemas que enfrentan sus partidos hermanos europeos con las correspondientes centrales sindicales.

Por Joaquín Estefanía

Recientes declaraciones de algunos responsables políticos y el desarrollo del Comité Federal del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) explicitan algo que se barruntaba desde hace al menos un año: los socialistas españoles están intentando alumbrar un nuevo modelo de socialdemocracia, diferente del clásico, del que se ha aplicado hasta ahora.

Se trataría de un proyecto en el que los sindicatos ocupan un lugar subsidiario (las palabras más rotundas las ha tenido Carlos Solchaga cuanto ha declarado que "un sindicato que se corporativiza debe tener, para el gobierno, la misma consideración que el Colegio de Abogados"). Es decir, se rompería el tradicional paralelismo en el que sindicato y partido caminaban al unísono en busca de una sociedad más justa y solidaria.

Tras la huelga del 14 de diciembre pasado, los socialistas españoles se han unido dramáticamente a los problemas que enfrentan a sus homólogos europeos con las correspondientes centrales sindicales. Los alemanes de Oskar Lafontaine, los franceses de Michel Rocard, o los laboristas de Kinnock llevan tiempo abordando las mismas dificultades y buscando, con escaso éxito, ese mismo modelo inédito de socialdemocracia sin sindicatos que todavía no se puede identificar.

Ahora bien, la ruptura entre el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores, de producirse, plantea la cuestión de qué queda del modelo socialdemócrata que accedió al gobierno en España, en estado electoralmente puro, hace ahora seis años. La esencia de la socialdemocracia clásica —tal como está concebida, por ejemplo, en el documento ideológico del Programa 2000— se define en tres puntos básicos: el desarrollo del Estado del bienestar, la economía mixta y la contratación colectiva y sus consecuencias, entre ellas, la concertación social. Las nacionalizaciones más bien fueron un experimento nacido en el Reino Unido y no aplicado de modo general en Suecia, ejemplo superior de socialdemocracia.

Repasemos uno a uno los puntos. El *welfare State* no es precisamente uno de los caracteres dominantes en la sociedad española: es más, mientras la mayor parte de los países europeos está de vuelta en la aplicación de este concepto (es decir, aligerando sus excesos), España todavía *no ha ido*, lo que es más palpable en estos momentos, cuando se empieza a salir de los peores momentos de la crisis económica y son más manifiestas las desigualdades sociales. De manera que España es un ejemplo de la economía dual, de la sociedad de los tres tercios, en la que uno de ellos, los más desfavorecidos, los marginados, crece y sale a la luz, en contraste con la opulencia de los especuladores y de ese capitalismo maduro reciente del *capitalismo popular*.

El keynesianismo, que formó parte del Estado del bienestar, fue una respuesta a una crisis de subconsumo de distinta naturaleza que la existente en nuestros días.

La economía mixta está, por lo mismo, en retroceso. A España ha llegado la ola de reprivatizaciones que, se quiera o no, forma parte de la ideología básica de la revolución conservadora que han puesto en práctica el reaganismo y sobre todo la señora Thatcher. Quedaba, pues, la tercera esencia del modelo socialdemócrata de regulación capitalista: el pacto social como método de avance hacia una sociedad en la que los conflictos de clase se amortiguan en beneficio de todos, en que la inevitable lucha de clases se produzca en sus perfiles más bajos y no llegue nunca a una *guerra de clases*.

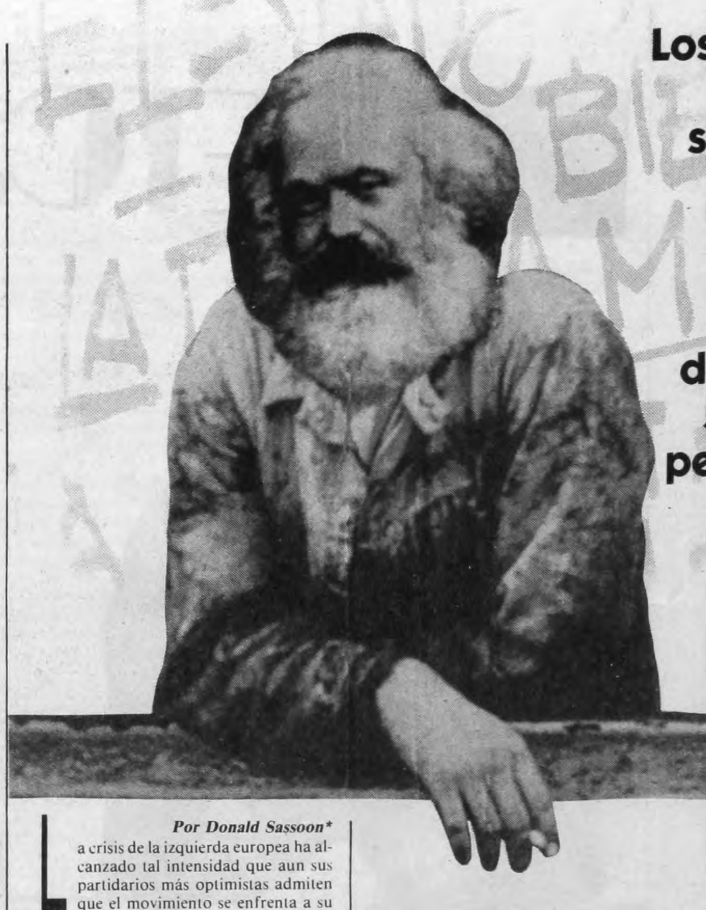
En España, el pacto social formó parte desde el primer momento de la transición política de un régimen dictatorial a la democracia, y es, seguramente, su secreto más contante. La concertación social, tal como quedó definida desde los Pactos de la Moncloa de 1977, estaba muerta desde hace un año, cuando las centrales sindicales impusieron un método de trabajo de mesas separadas y evitaron la asunción de un consenso global. Pero siempre quedó la duda de si esta metodología fue tan sólo una actitud coyuntural y se volvería a las sendas de los AMI, ANE, AI o AES. Lo que está sucediendo estos días es, sin embargo, el acta de defunción de la concertación y, por tanto, de la última seña de identidad que resistía de la socialdemocracia clásica.

Las consecuencias de todo esto todavía no son visibles, pero, atendiendo a la experiencia histórica, no se puede ser optimista desde el punto de vista de la izquierda. En otros países con gobiernos socialistas llegó la confrontación con sus sindicatos y, tras ella, el mandato irresistible de los conservadores. El paradigma por excelencia es el del Reino Unido y la señora Thatcher. El siguiente paso es la aniquilación sindical, con unas centrales consideradas como un factor más de la rigidez del mercado, como entes retardatarios a extinguir o como elementos intermedios de la sociedad a los que hay que dar el mismo tratamiento "que al Colegio de Abogados".

La sociedad española ha votado dos veces mayoritariamente a favor de ese modelo que está a punto de ser abandonado. Por ello es grande la gravedad de lo que está sucediendo y por ello hay que exigir a cada cual su parte de responsabilidad en el fracaso. Nadie ha contestado ni se ha dado por aludido al llamamiento editorial de este periódico exigiendo que se hagan públicas las grabaciones de la última reunión entre el gobierno y los sindicatos, que terminó en una tensión extrema. Así, al *doble lenguaje* habitual en este tipo de negociación se ha añadido el pábulo y el rumor de lo que allí se dijo.

Es imprescindible conocer si efectivamente algún sindicalista pidió en la Moncloa la cabeza del presidente Felipe González y la caída del gobierno —en cuyo caso habrían entrado en flagrante contradicción con lo que las centrales mismas dijeron antes de la huelga del 14 de diciembre, y se trataría de una mera cuestión de poder—, o, por el contrario, si ello no fue así, por qué miembros del Partido Socialista o del gobierno mienten y desean enfrentar a las cúpulas sindicales con el resto de los ciudadanos que les acompañaron en la huelga de 24 horas que paralizó el país.

Los errores, en política —y el sindicalismo es otra forma de hacerla—, se pagan. Ni se puede hacer del 14 de diciembre una ley ni se puede ignorar su contenido profundo. Un mes después de la huelga general el único avance real es la confusión. Las huelgas se hacen para ganarlas y que otro las pierda. Aquí los únicos ganadores visibles por el momento son quienes no arriesgaron ese día ni juegan cotidianamente en las esferas de poder. En uno de sus libros más conocidos, T.S. Kuhn ha escrito que una revolución teórica sólo tiene lugar cuando frente al paradigma en crisis se cuenta con un paradigma alternativo. Lo que en España no parece el caso.



Los

s

d

pe

LA D

RENOV

Por Donald Sassoon*

La crisis de la izquierda europea ha alcanzado tal intensidad que aun sus partidarios más optimistas admiten que el movimiento se enfrenta a su período más difícil de los últimos 50 años y posiblemente desde la Segunda Guerra Mundial. Los pesimistas suelen expresar un veredicto más dramático: la izquierda ha llegado a su fin, la utopía socialista se ha acabado; todo lo que es posible imaginar —y, por tanto, todo por lo que es posible luchar— es algo que ponga algunos remiendos al capitalismo avanzado, de manera que aquellos que no pueden participar en sus beneficios (los trabajadores mal pagados, los inmigrantes, los pobres, los desempleados y los inadaptados) puedan al menos vivir sus vidas con cierta apariencia de dignidad humana.

Incluso a aquellos socialistas que han adoptado firmemente la conducta del avestruz les resulta imposible ignorar los crudos hechos que identifican con exactitud la crisis del socialismo en Europa occidental. Hagamos un breve análisis de los mismos: la fuerza política mejor organizada de la izquierda europea, el Partido Socialdemócrata alemán, que fue la principal fuerza de gobierno desde 1966 a 1982, ha sufrido dos humillantes derrotas sucesivas. Cuando a su cabeza se encontraba Helmut Schmidt, el SPD creía que Alemania podía hacer caso omiso de la recesión. Los otros países, los otros partidos, tenían que aprender la lección alemana: el *Model Deutschland* fue presentado a todos sin excepción como *el* camino a seguir. Pero ahora, un SPD derrotado y desmoralizado está dividido en un ala supuestamente realista que trata una vez más de llegar a un acuerdo con los Demócratas Libres, un partido neoliberal cuya concepción económica está más próxima a Thatcher que a Keynes, y un ala *verde* que ha descubierto —tarde, quizá demasiado tarde— la ecología. No es imposible una coalición rojo-verde, pero sus posibilidades de éxito electoral no son demasiado buenas.

Derrotas laboralistas

En el Reino Unido la situación es aún peor. El Partido Laborista británico, del que puede decirse que es el creador en Europa del moderno Estado del bienestar, ha sufrido su tercera derrota electoral consecutiva. La gran derrota de 1983 (los peores resultados desde 1918) había sido atribuida a su líder, Michael Foot (demasiado viejo), a la fuerza de las tendencias izquierdistas (demasiado extremas) y a su ineficiente y desorganizada campaña electoral. En 1987, el Partido Laborista tenía como líder a un hombre mucho más joven y dinámico, Neil Kinnock; llevó a cabo una campaña vigorosa y bien organizada, y había conseguido deshacerse de sus elementos trotskistas y refrenar la fuerza de la izquierda tradicional. A pesar de todo esto, los viejos principios, políticos con nuevas envolturas se vieron rechazados, una vez más, por el electorado. Ahora, el Partido Laborista se ocupa de realizar una revisión general de todos ellos. El propio Neil Kinnock ha declarado que no habrá nada sagrado y que todo debe y puede ser rediscutido, incluso la política de desarme nuclear unilateral, que probablemente será modificada e incluso, abandonada.

En todas partes se da la misma historia de resucitadas esperanzas y de derrotas. En Italia, el Partido Comunista, el más importante de la izquierda, ha sufrido en las elecciones generales del 14 de junio de 1987 su peor derrota electoral: con el 26,6 por ciento de los votos ha perdido el 3,3 por ciento desde 1983. Todo su gran ascenso electoral de 1976, cuando alcanzó el 34,4 por ciento se ha evaporado; y los comunistas se han quedado con poco más de una cuarta parte del electorado, el mismo porcentaje que, como voto de protesta, solían tener en las décadas de los cincuenta y los sesenta. También en este partido se habla mucho de renovación y revisión.

Los socialdemócratas alemanes, los laboristas británicos y los comunistas italianos han respondido del mismo modo al veredicto del electorado. Se han concentrado todos en las causas *internas* de la derrota, es decir, en buscar qué era lo que estaba equivocado en la propia actuación del partido, en la for-

LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAISO

Tras la traumática huelga del 14 de diciembre pasado que enfrentó al gobierno y a los sindicatos socialistas, los españoles se han unido dramáticamente a los problemas que enfrentan sus partidos hermanos europeos con las correspondientes centrales sindicales.

Por Joaquín Estefanía

Recientes declaraciones de algunos responsables políticos y el desarrollo del Comité Federal del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) explicitan algo que se barruntaba desde hace al menos un año: los socialistas españoles están intentando alumbrar un nuevo modelo de socialdemocracia, diferente del clásico, del que se ha aplicado hasta ahora.

Se trataría de un proyecto en el que los sindicatos ocupan un lugar subsidiario (las palabras más rotundas las ha tenido Carlos Solchaga cuanto ha declarado que "un sindicato que se corporativiza debe tener, para el gobierno, la misma consideración que el Colegio de Abogados"). Es decir, se rompería el tradicional paralelismo en el que sindicato y partido caminaban al unísono en busca de una sociedad más justa y solidaria.

Tras la huelga del 14 de diciembre pasado, los socialistas españoles se han unido dramáticamente a los problemas que enfrentan a sus homólogos europeos con las correspondientes centrales sindicales. Los alemanes de Oskar Lafontaine, los franceses de Michel Rocard, o los laboristas de Kinnock llevan tiempo abordando las mismas dificultades y buscando, con escaso éxito, ese mismo modelo inédito de socialdemocracia sin sindicatos que todavía no se puede identificar.

Ahora bien, la ruptura entre el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores, de producirse, plantea la cuestión de qué queda del modelo socialdemócrata que accedió al gobierno en España, en estado electoralmente puro, hace ahora seis años. La esencia de la socialdemocracia clásica —tal como está concebida, por ejemplo, en el documento ideológico del Programa 2000— se define en tres puntos básicos: el desarrollo del Estado del bienestar, la economía mixta y la contratación colectiva y sus consecuencias, entre ellas, la concertación social. Las nacionalizaciones más bien fueron un experimento nacido en el Reino Unido y no aplicado de modo general en Suecia, ejemplo superior de socialdemocracia.

Repasemos uno a uno los puntos. El *welfare State* no es precisamente uno de los caracteres dominantes en la sociedad española: es más, mientras la mayor parte de los países europeos está de vuelta en la aplicación de este concepto (es decir, aligerando sus excesos), España todavía *no ha ido*, lo que es más palpable en estos momentos, cuando se empieza a salir de los peores momentos de la crisis económica y son más manifiestas las desigualdades sociales. De manera que España es un ejemplo de la economía dual, de la sociedad de los tres tercios, en la que uno de ellos, los más desfavorecidos, los marginados, crece y sale a la luz, en contraste con la opulencia de los especuladores y de ese capitalismo maduro reciente del *capitalismo popular*.

El keynesianismo, que formó parte del Estado del bienestar, fue una respuesta a una crisis de subconsumo de distinta naturaleza que la existente en nuestros días.

La economía mixta está, por lo mismo, en retroceso. A España ha llegado la ola de reprivatizaciones que, se quiera o no, forma parte de la ideología básica de la revolución conservadora que han puesto en práctica el reaganismo y sobre todo la señora Thatcher. Quedaba, pues, la tercera esencia del modelo socialdemócrata de regulación capitalista: el pacto social como método de avance hacia una sociedad en la que los conflictos de clase se amortiguan en beneficio de todos, en que la inevitable lucha de clases se produzca en sus perfiles más bajos y no llegue nunca a una *guerra de clases*.

En España, el pacto social formó parte desde el primer momento de la transición política de un régimen dictatorial a la democracia, y es, seguramente, su secreto más contante. La concertación social, tal como quedó definida desde los Pactos de la Moncloa de 1977, estaba muerta desde hace un año, cuando las centrales sindicales impusieron un método de trabajo de mesas separadas y evitaron la asunción de un consenso global. Pero siempre quedó la duda de si esta metodología fue tan sólo una actitud coyuntural y se volvería a las sendas de los AMI, ANE, AI o AES. Lo que está sucediendo estos días es, sin embargo, el acta de defunción de la concertación y, por tanto, de la última seña de identidad que resistía de la socialdemocracia clásica.

Las consecuencias de todo esto todavía no son visibles, pero, atendiendo a la experiencia histórica, no se puede ser optimista desde el punto de vista de la izquierda. En otros países con gobiernos socialistas llegó la confrontación con sus sindicatos y, tras ella, el mandato irresistible de los conservadores. El paradigma por excelencia es el del Reino Unido y la señora Thatcher. El siguiente paso es la aniquilación sindical, con unas centrales consideradas como un factor más de la rigidez del mercado, como entes retardatarios a extinguir o como elementos intermedios de la sociedad a los que hay que dar el mismo tratamiento "que al Colegio de Abogados".

La sociedad española ha votado dos veces mayoritariamente a favor de ese modelo que está a punto de ser abandonado. Por ello es grande la gravedad de lo que está sucediendo y por ello hay que exigir a cada cual su parte de responsabilidad en el fracaso. Nadie ha contestado ni se ha dado por aludido al llamamiento editorial de este periódico exigiendo que se hagan públicas las grabaciones de la última reunión entre el gobierno y los sindicatos, que terminó en una tensión extrema. Así, al *doble lenguaje* habitual en este tipo de negociación se ha añadido el pábulo y el rumor de lo que allí se dijo.

Es imprescindible conocer si efectivamente algún sindicalista pidió en la Moncloa la cabeza del presidente Felipe González y la caída del gobierno —en cuyo caso habrían entrado en flagrante contradicción con lo que las centrales mismas dijeron antes de la huelga del 14 de diciembre, y se trataría de una mera cuestión de poder—, o, por el contrario, si ello no fue así, por qué miembros del Partido Socialista o del gobierno mienten y desean enfrentar a las cúpulas sindicales con el resto de los ciudadanos que les acompañaron en la huelga de 24 horas que paralizó el país.

Los errores, en política —y el sindicalismo es otra forma de hacerla—, se pagan. Ni se puede hacer del 14 de diciembre una ley ni se puede ignorar su contenido profundo. Un mes después de la huelga general el único avance real es la confusión. Las huelgas se hacen para ganarlas y que otro las pierda. Aquí los únicos ganadores visibles por el momento son quienes no arriesgaron ese día ni juegan cotidianamente en las esferas de poder. En uno de sus libros más conocidos, T.S. Kuhn ha escrito que una revolución teórica sólo tiene lugar cuando frente al paradigma en crisis se cuenta con un paradigma alternativo. Lo que en España no parece el caso.

Los partidarios más optimistas de la socialdemocracia admiten que el movimiento se encuentra en su momento más difícil desde hace 50 años; los más pesimistas afirman que es el fin.

AFP

ENTRE LA DERROTA Y LA RENOVACION

Por Donald Sassoon*

La crisis de la izquierda europea ha alcanzado tal intensidad que aun sus partidarios más optimistas admiten que el movimiento se enfrenta a su período más difícil de los últimos 50 años y posiblemente desde la Segunda Guerra Mundial. Los pesimistas suelen expresar un veredicto más dramático: la izquierda ha llegado a su fin, la utopía socialista se ha acabado; todo lo que es posible imaginar —y, por tanto, todo por lo que es posible luchar— es algo que ponga algunos remiendos al capitalismo avanzado, de manera que aquellos que no pueden participar en sus beneficios (los trabajadores mal pagados, los inmigrantes, los pobres, los desempleados y los inadaptados) puedan al menos vivir sus vidas con cierta apariencia de dignidad humana.

Incluso a aquellos socialistas que han adoptado firmemente la conducta del avestruz les resulta imposible ignorar los crudos hechos que identifican con exactitud la crisis del socialismo en Europa occidental. Hagamos un breve análisis de los mismos: la fuerza política mejor organizada de la izquierda europea, el Partido Socialdemócrata alemán, que fue la principal fuerza de gobierno desde 1966 a 1982, ha sufrido dos humillantes derrotas sucesivas. Cuando a su cabeza se encontraba Helmut Schmidt, el SPD creía que Alemania podía hacer caso omiso de la recesión. Los otros países, los otros partidos, tenían que aprender la lección alemana: el *Model Deutschland* fue presentado a todos sin excepción como *el* camino a seguir. Pero ahora, un SPD derrotado y desmoralizado está dividido en un ala supuestamente realista que trata una vez más de llegar a un acuerdo con los Demócratas Libres, un partido neoliberal cuya concepción económica está más próxima a Thatcher que a Keynes, y un ala *verde* que ha descubierto —tarde, quizá demasiado tarde— la ecología. No es imposible una coalición rojo-verde, pero sus posibilidades de éxito electoral no son demasiado buenas.

Derrotas laboralistas

En el Reino Unido la situación es aún peor. El Partido Laborista británico, del que puede decirse que es el creador en Europa del moderno Estado del bienestar, ha sufrido su tercera derrota electoral consecutiva. La gran derrota de 1983 (los peores resultados desde 1918) había sido atribuida a su líder, Michael Foot (demasiado viejo), a la fuerza de las tendencias izquierdistas (demasiado extremas) y a su ineficiente y desorganizada campaña electoral. En 1987, el Partido Laborista tenía como líder a un hombre mucho más joven y dinámico, Neil Kinnock; llevó a cabo una campaña vigorosa y bien organizada, y había conseguido deshacerse de sus elementos trotskistas y refrenar la fuerza de la izquierda tradicional. A pesar de todo esto, los viejos principios, políticos con nuevas envolturas se vieron rechazados, una vez más, por el electorado. Ahora, el Partido Laborista se ocupa de realizar una revisión general de todos ellos. El propio Neil Kinnock ha declarado que no habrá nada sagrado y que todo debe y puede ser rediscutido, incluso la política de desarme nuclear unilateral, que probablemente será modificada e incluso, abandonada.

En todas partes se da la misma historia de resucitadas esperanzas y de derrotas. En Italia, el Partido Comunista, el más importante de la izquierda, ha sufrido en las elecciones generales del 14 de junio de 1987 su peor derrota electoral: con el 26,6 por ciento de los votos ha perdido el 3,3 por ciento desde 1983. Todo su gran ascenso electoral de 1976, cuando alcanzó el 34,4 por ciento se ha evaporado; y los comunistas se han quedado con poco más de una cuarta parte del electorado, el mismo porcentaje que, como voto de protesta, solían tener en las décadas de los cincuenta y los sesenta. También en este partido se habla mucho de renovación y revisión.

Los socialdemócratas alemanes, los laboristas británicos y los comunistas italianos han respondido del mismo modo al veredicto del electorado. Se han concentrado todos en las causas *internas* de la derrota, es decir, en buscar qué era lo que estaba equivocado en la propia actuación del partido, en la forma en que éste construye su imagen, en su programa político y en su estrategia. Esto es, posiblemente, algo inevitable. Resulta más fácil ocuparse de aquello que puede ser cambiado que hacerlo del mundo exterior. Después de una derrota es particularmente importante no mostrarse descorazonado. Se necesita hacer algo. Existe siempre la totalmente infundada pero consoladora apreciación de que un nuevo líder y algunos cambios en el programa realizarán el milagro tanto tiempo esperado; el electorado se dará cuenta de la verdad, enmendará su comportamiento adverso y, finalmente, nos votará.

No obstante existe asimismo una realidad exterior, y da la casualidad de que se trata de una dura realidad. Un análisis más completo habrá de tener en cuenta también la política internacional y la coyuntura económica, así como el superior funcionamiento de los oponentes. Los factores objetivos asociados a la reestructuración de la economía internacional no deben quedar fuera de la discusión con la honrosa excepción del reciente triunfo electoral de los socialistas franceses en los comicios municipales, los partidos de la izquierda que en los dos últimos años han sido derrotados en las elecciones pertenecen a los tres, si no cuatro países que constituyen el núcleo de Europa occidental (República Federal de Alemania, Francia, Reino Unido e Italia), y aunque sus tradiciones, sus estrategias políticas, su forma de organizarse y sus estructuras son bastante diferentes, todos comparten la experiencia de la derrota.

Respuesta apropiada

Sus *enemigos* han sido capaces de ofrecer a la mayoría del electorado lo que *parecen* ser las soluciones adecuadas a los problemas de la actual coyuntura. De alguna manera, los conservadores británicos, la CDU alemana, los gaullistas franceses y sus aliados, y la coalición de cinco partidos italiana (dominada por los democristianos) se las han arreglado para aparecer como si *respondieran* mejor que la izquierda a las exigencias de la era moderna. En Italia, al igual que en el Reino Unido y en cualquier otra parte, la izquierda tradicional se ha visto rebasada y derrotada por una coalición política que ha sido capaz de establecer las prioridades y obtener el apoyo de una parte importante del electorado. Paradójicamente, los conservadores han demostrado ser más *modernos* que los partidos denominados progresistas. Es en esto en lo que ha estado claramente fundada la superioridad de los oponentes de la izquierda.

La cuestión merece un tratamiento más amplio. Aquí sólo podemos señalar que los cambios económicos internacionales que se han producido en los años setenta y ochenta han ocasionado el fin de las políticas nacionales keynesianas, es decir, del compromiso entre el capital y el trabajo que había constituido la base de las políticas progresistas de Europa desde la II Guerra Mundial.

En esta nueva sociedad posindustrial, considerablemente basada en la información, el crecimiento ha dejado de suponer un mayor nivel de empleo, al tiempo que el centro de gravedad de la industria manufacturera se ha desplazado a Japón y a sus satélites asiáticos. Estados Unidos mantiene la supremacía tecnológica, política y militar, mientras que los países europeos, profundamente divididos (véanse las recientes *cumbres* de la CE) no cuentan con un conjunto coherente de políticas. Con la posible excepción de Alemania occidental, los Estados europeos ya no pueden controlar de manera efectiva sus monedas y han perdido buena parte de su soberanía económica. Incapaces de eludir las reglas internacionales del juego, han llegado a ser cada vez más interdependientes y, por tanto, a estar más constreñidos.

Las vías nacionales al socialismo, incluso las socialdemócratas, ya no son posibles. Por supuesto, la izquierda puede negar esto y darse de cabeza contra la pared (como durante años ha venido haciendo el Partido Comunista Francés). En vez de repetir los errores del pasado, la izquierda debe estudiar otras soluciones todavía no intentadas. No obstante, estas soluciones exigen un cambio en las reglas internacionales del juego. Esto es algo difícil y sin precedentes. La izquierda necesitaría coordinar transnacionalmente sus esfuerzos. Necesitaría aliados: el Tercer Mundo y quizá (pero no debe contar con ello) un bloque oriental revitalizado y reorganizado. Algunos políticos de la izquierda han aprendido el juego, aceptando los constreñimientos con mayor o menor entusiasmo, y logrando éxitos electorales: González en España, Hawke en Australia, Lange en Nueva Zelanda, etcétera. Que sus políticas puedan describirse como socialistas ofrece mayores dudas. Hawke y Lange han adoptado una política económica francamente monetarista y han sido puestos por las nubes por los agentes de Bolsa y los financieros. Craxi, en Italia, enarbolando la bandera de la modernidad y el neoliberalismo, ha encabezado la lucha contra la vinculación de los salarios al índice del costo de vida (uno de los principios sagrados del movimiento sindical); en España, González está limitando los incrementos de los salarios y de las pensiones de jubilación al tiempo que el masivo flujo de inversiones extranjeras no parece que haya hecho mucho para reducir el desempleo. Da la impresión de que donde los socialistas alcanzan el poder tienen que dejar de ser socialistas, mientras que donde siguen siendo leales a su tradición no ganan las elecciones. ¿Se deriva de ello que el socialismo es imposible ahora? Creo que probablemente todavía es demasiado pronto para recitar los ritos funerarios. El socialismo está gravemente enfermo, pero aún no es un cadáver.

Lo que indudablemente ha muerto es el axioma fundamental que ha marcado todo el pensamiento estratégico de la izquierda en sus variantes socialdemócrata, socialista y comunista. Este axioma da por sentado que la nación-Estado es el terreno fundamental de la transformación socialista, y que todos los problemas políticos se resolverían cuando un gobierno de izquierda hubiese conseguido el control del Estado (o hubiera construido uno nuevo). Posiblemente no podía ser de otro modo: los partidos políticos luchan en un entorno nacional, toman parte en elecciones nacionales, presentan programas nacionales. El supuesto subyacente de todo esto debe ser que el Estado y sus instituciones tienen un control efectivo de lo que sucede dentro de las fronteras nacionales y que algo puede hacerse. Esta clase de política ha llevado a una sobreestimación de lo que podía hacerse a este nivel. El capital no tiene ninguno de esos problemas. Es verdaderamente internacionalista. Los ordenadores no conocen fronteras y hacen posible la transferencia de inmensos recursos económicos mediante la pulsación de una tecla electrónica.

Lo que ha muerto, pues, no es el socialismo, al menos no todavía. Lo que ha muerto, o se está muriendo, es la ideología de las *vías nacionales al socialismo* y los principios keynesianos de la gestión económica nacional. Los socialistas que han logrado éxitos electorales han aceptado las tendencias internacionales imperantes y están dispuestos a abandonar una parte considerable de su herencia. Los otros se encuentran con que sus principios políticos y sus concepciones ya no son los *apropiados*. Si quieren salvar su difícil situación actual tendrán que encontrar formas supranacionales de coordinación y una estrategia internacional dirigida a la total reorganización de la economía internacional. La izquierda europea no parece deseosa de enfrentarse a estos hechos. La prueba de ello es la falta de un análisis general de la experiencia del socialismo francés en el poder (1981-1986). Fue éste un caso claro de un dinámico gobierno reformista comprometido con la puesta en práctica de un programa radical de reorganización económica y social. A los 18 meses se vio forzado a dar marcha atrás. Incluso una economía tan sólida como la francesa no pudo incrementar su actividad mientras el resto del mundo industrial se encontraba en período de recesión.

Reglas de juego

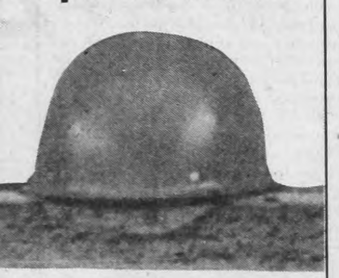
El primer gobierno socialista de Francia desde 1936 se vio obligado a plegarse a la lógica del orden económico internacional. Lo que esto demuestra es el peligro inherente a una situación en la que los programas políticos preparados en la oposición ignoran las coacciones que el mundo duro y real ejercerá una vez que aquélla ha conseguido el poder.

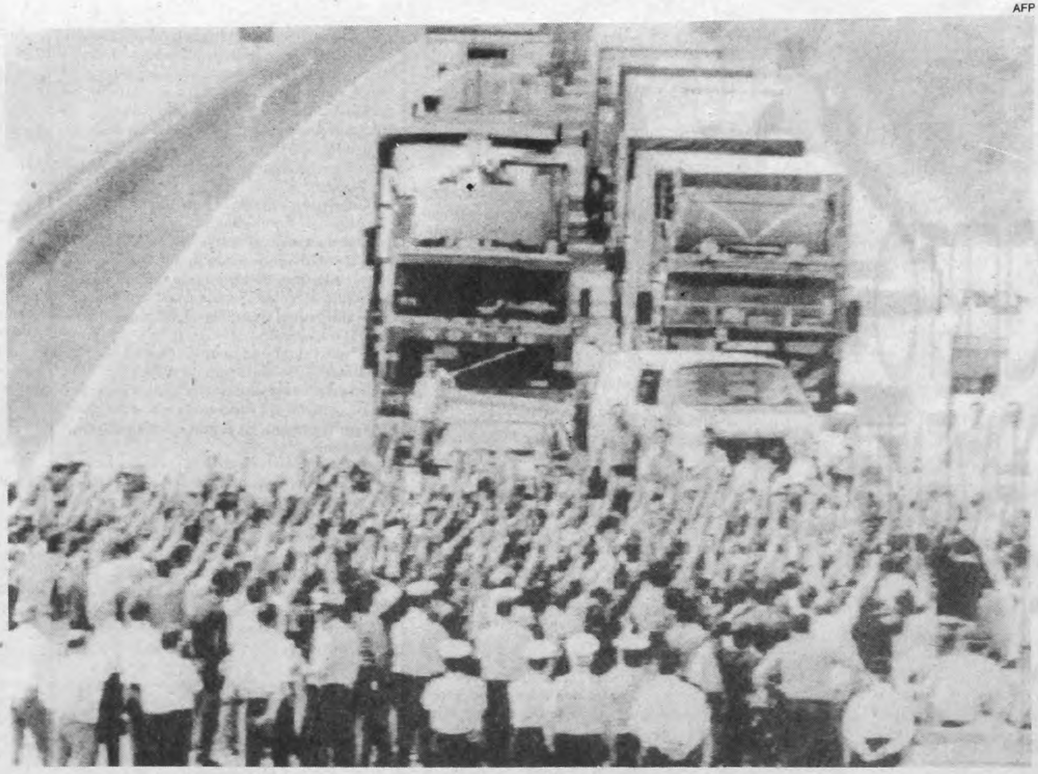
Pero cambiar las reglas internacionales del juego constituye sólo una parte del problema a que se enfrenta el movimiento socialista. Es también necesario aceptar el hecho de que el juego nacional es totalmente distinto. Dentro de cada nación-Estado se están produciendo cambios estructurales muy parecidos en todas ellas. Las clases sociales se muestran incluso más fragmentadas que en el pasado. Desaparecen a una velocidad cada vez mayor las viejas clases y las lealtades locales. Continuamente surgen nuevas demandas sociales. Intentar subsumir todo esto bajo *la bandera hegemónica de la clase trabajadora* parece algo más bien irreal —y no menos porque la bandera está hecha jirones y la clase trabajadora va disminuyendo en número o ha dejado de ser una *clase* en alguno de los significados del término—. Actualmente, los socialistas se enfrentan a tareas que distan mucho de ser sencillas. Si todavía quieren cambiar el mundo al mismo tiempo que siguen siendo socialistas, tendrán que utilizar toda la inteligencia que pueden reunir para entender el mundo real que les rodea, no el mundo imaginario de sus sueños y de sus pensamientos.

** Donald Sassoon es profesor de Historia Contemporánea en el Westfield College de la Universidad de Londres. Especialista en temas de socialismo europeo, colabora regularmente en los semanarios* The New Statesman *y en* Rinascita.

Domingo 9 de abril de 1989

partidarios más optimistas de la cialdemocracia admiten que el movimiento se ncuentra en su momento más ícil desde hace 0 años; los más simistas afirman que es el fin.





AFP

ENTRE ERROTA Y LA VACION

na en que éste construye su imagen, en su programa político y en su estrategia. Esto es, posiblemente, algo inevitable. Resulta más fácil ocuparse de aquello que puede ser cambiado que hacerlo del mundo exterior. Después de una derrota es particularmente importante no mostrarse descorazonado. Se necesita hacer algo. Existe siempre la totalmente infundada pero consoladora apreciación de que un nuevo líder y algunos cambios en el programa realizarán el milagro tanto tiempo esperado; el electorado se dará cuenta de la verdad, enmendará su comportamiento adverso y, finalmente, nos votará.

No obstante existe asimismo una realidad exterior, y da la casualidad de que se trata de una dura realidad. Un análisis más completo habrá de tener en cuenta también la política internacional y la coyuntura económica, así como el superior funcionamiento de los oponentes. Los factores objetivos asociados a la reestructuración de la economía internacional no deben quedar fuera de la discusión con la honrosa excepción del reciente triunfo electoral de los socialistas franceses en los comicios municipales, los partidos de la izquierda que en los dos últimos años han sido derrotados en las elecciones pertenecen a los tres, si no cuatro países que constituyen el núcleo de Europa occidental (República Federal de Alemania, Francia, Reino Unido e Italia), y aunque sus tradiciones, sus estrategias políticas, su forma de organizarse y sus estructuras son bastante diferentes, todos comparten la experiencia de la derrota.

Respuesta apropiada

Sus *enemigos* han sido capaces de ofrecer a la mayoría del electorado lo que *parecen* ser las soluciones adecuadas a los problemas de la actual coyuntura. De alguna manera, los conservadores británicos, la CDU alemana, los gaullistas franceses y sus aliados, y la coalición de cinco partidos italiana (dominada por los democristianos) se las han arreglado para aparecer como si *respondieran* mejor que la izquierda a las exigencias de la era moderna. En Italia, al igual que en el Reino Unido y en cualquier otra parte, la izquierda tradicional se ha visto rebasada y derrotada por una coalición política que ha sido capaz de establecer las prioridades y obtener el apoyo de una parte importante del electorado. Paradójicamente, los conservadores han demostrado ser más *modernos* que los partidos denominados progresistas. Es en esto en lo que ha estado claramente fundada la superioridad de los oponentes de la izquierda.

La cuestión merece un tratamiento más amplio. Aquí sólo podemos señalar que los cambios económicos internacionales que se han producido en los años setenta y ochenta han ocasionado el fin de las políticas nacionales keynesianas, es decir, del compromiso entre el capital y el trabajo que había constituido la base de las políticas progresistas de Europa desde la II Guerra Mundial.

En esta nueva sociedad posindustrial, considerablemente basada en la información, el crecimiento ha dejado de suponer un mayor nivel de empleo, al tiempo que el centro de gravedad de la industria manufacturera se ha desplazado a Japón y a sus satélites asiáticos. Estados Unidos mantiene la supremacía tecnológica, política y militar, mientras que los países europeos, profundamente divididos (véanse las recientes *cumbres* de la CE) no cuentan con un conjunto coherente de políticas. Con la posible excepción de Alemania occidental, los Estados europeos ya no pueden controlar de manera efectiva sus monedas y han perdido buena parte de su soberanía económica. Incapaces de eludir las reglas internacionales del juego, han llegado a ser cada vez más interdependientes y, por tanto, a estar más constreñidos.

Las vías nacionales al socialismo, incluso las socialdemócratas, ya no son posibles. Por supuesto, la izquierda puede negar esto y darse de cabeza contra la pared (como durante años ha venido haciendo el Partido Comunista Francés). En vez de repetir los errores del pasado, la izquierda debe estudiar otras soluciones todavía no intentadas. No obstante, estas soluciones exigen un cambio en las reglas internacionales del juego. Esto es algo difícil y sin precedentes. La izquierda necesitaría coordinar transnacionalmente sus esfuerzos. Necesitaría aliados: el Tercer Mundo y quizá (pero no debe contar con ello) un bloque oriental revitalizado y reorganizado. Algunos políticos de la izquierda han aprendido el juego, aceptando los constreñimientos con mayor o menor entusiasmo, y logrando éxitos electorales: González en España, Hawke en Australia, Lange en Nueva Zelanda, etcétera. Que sus políticas puedan describirse como socialistas ofrece mayores dudas. Hawke y Lange han adoptado una política económica francamente monetarista y han sido puestos por las nubes por los agentes de Bolsa y los financieros. Craxi, en Italia, enarbolando la bandera de la modernidad y el neoliberalismo, ha encabezado la lucha contra la vinculación de los salarios al índice del costo de vida (uno de los principios sagrados del movimiento sindical); en España, González está limitando los incrementos de los salarios y de las pensiones de jubilación al tiempo que el masivo flujo de inversiones extranjeras no parece que haya hecho mucho para reducir el desempleo. Da la impresión de que donde los socialistas alcanzan el poder tienen que dejar de ser socialistas, mientras que donde siguen siendo leales a su tradición no ganan las elecciones. ¿Se deriva de ello que el socialismo es imposible ahora? Creo que probablemente todavía es demasiado pronto para recitar los ritos funerarios. El socialismo está gravemente enfermo, pero aún no es un cadáver.

Lo que indudablemente ha muerto es el axioma fundamental que ha marcado todo el pensamiento estratégico de la izquierda en sus variantes socialdemócrata, socialista y comunista. Este axioma da por sentado que la nación-Estado es el terreno fundamental de la transformación socialista, y que todos los problemas políticos se resolverían cuando un gobierno de izquierda hubiese conseguido el control del Estado (o hubiera construido uno nuevo). Posiblemente no podía ser de otro modo: los partidos políticos luchan en un entorno nacional, toman parte en elecciones nacionales, presentan programas nacionales. El supuesto subyacente de todo esto debe ser que el Estado y sus instituciones tienen un control efectivo de lo que sucede dentro de las fronteras nacionales y que algo puede hacerse. Esta clase de política ha llevado a una sobreestimación de lo que podía hacerse a este nivel. El capital no tiene ninguno de esos problemas. Es verdaderamente internacionalista. Los ordenadores no conocen fronteras y hacen posible la transferencia de inmensos recursos económicos mediante la pulsación de una tecla electrónica.

Lo que ha muerto, pues, no es el socialismo, al menos no todavía. Lo que ha muerto, o se está muriendo, es la ideología de las *vías nacionales al socialismo* y los principios keynesianos de la gestión económica nacional. Los socialistas que han logrado éxitos electorales han aceptado las tendencias internacionales imperantes y están dispuestos a abandonar una parte considerable de su herencia. Los otros se encuentran con que sus principios políticos y sus concepciones ya no son los *apropiados*. Si quieren salvar su difícil situación actual tendrán que encontrar formas supranacionales de coordinación y una estrategia internacional dirigida a la total reorganización de la economía internacional. La izquierda europea no parece deseosa de enfrentarse a estos hechos. La prueba de ello es la falta de un análisis general de la experiencia del socialismo francés en el poder (1981-1986). Fue éste un caso claro de un dinámico gobierno reformista comprometido con la puesta en práctica de un programa radical de reorganización económica y social. A los 18 meses se vio forzado a dar marcha atrás. Incluso una economía tan sólida como la francesa no pudo incrementar su actividad mientras el resto del mundo industrial se encontraba en período de recesión.

Reglas de juego

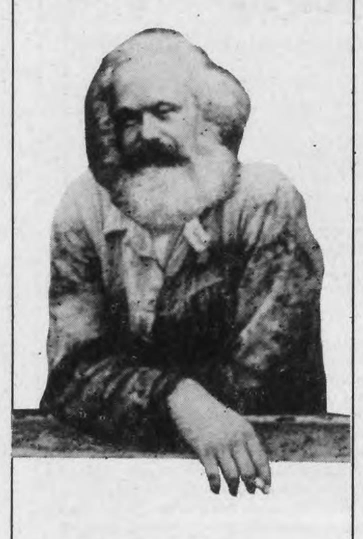
El primer gobierno socialista de Francia desde 1936 se vio obligado a plegarse a la lógica del orden económico internacional. Lo que esto demuestra es el peligro inherente a una situación en la que los programas políticos preparados en la oposición ignoran las coacciones que el mundo duro y real ejercerá una vez que aquélla ha conseguido el poder.

Pero cambiar las reglas internacionales del juego constituye sólo una parte del problema a que se enfrenta el movimiento socialista. Es también necesario aceptar el hecho de que el juego nacional es totalmente distinto. Dentro de cada nación-Estado se están produciendo cambios estructurales muy parecidos en todas ellas. Las clases sociales se muestran incluso más fragmentadas que en el pasado. Desaparecen a una velocidad cada vez mayor las viejas clases y las lealtades locales. Continuamente surgen nuevas demandas sociales. Intentar subsumir todo esto bajo *la bandera hegemónica de la clase trabajadora* parece algo más bien irreal —y no menos porque la bandera está hecha jirones y la clase trabajadora va disminuyendo en número o ha dejado de ser una *clase* en alguno de los significados del término—. Actualmente, los socialistas se enfrentan a tareas que distan mucho de ser sencillas. Si todavía quieren cambiar el mundo al mismo tiempo que siguen siendo socialistas, tendrán que utilizar toda la inteligencia que pueden reunir para entender el mundo real que les rodea, no el mundo imaginario de sus sueños y de sus pensamientos.

* *Donald Sassoon es profesor de Historia Contemporánea en el Westfield College de la Universidad de Londres. Especialista en temas de socialismo europeo, colabora regularmente en los semanarios* The New Statesman *y en* Rinascita.

EL INCIERTO PORVENIR DEL SOCIALISMO

El socialismo europeo solamente se cuestiona cuando sufre una derrota electoral. Cuando gobierna muestra susceptibilidad y jactancia ante sus críticos.



Por Paolo Flores D'Arcais

Circula la especie de que el socialismo en Europa occidental, ciertamente en crisis, se está cuestionando, está poniendo a discusión identidad y políticas, y que quiere iniciar una etapa de profunda renovación. ¿Será cierto?

Una sospecha es legítima, que matiza la operación con tonos más o menos halagüeños. Se tiene la prosaica impresión de que el socialismo occidental se cuestiona solamente cuando sufre una derrota y que mide a ésta no ya con respecto al programa, al proyecto, a las promesas anunciadas, sino por la simple cantidad de poder que gana o que pierde.

Es muy claro. el éxito electoral es un ingrediente importante, porque el socialismo occidental se rige por el supuesto de un consenso libremente dado por los ciudadanos, obtenido libremente, compitiendo con la derecha. Pero esto es sólo la mitad del asunto.

La otra mitad es que un sujeto político, tanto más si históricamente ha sido vehículo de esperanzas, de emancipación, triunfa, y sólo lo hace si se realiza su programa. Si para triunfar o mantenerse en el poder traiciona sus promesas, ese partido-programa-esperanza resulta en definitiva derrotado, aunque un grupo de dirigentes pueda cantar victoria. El transformismo no debe tener vínculos con el socialismo.

Cuando gobierna y en el horizonte no se perfilan derrotas, el socialismo europeo en general no se cuestiona en absoluto, y con frecuencia muestra incluso susceptibilidad y jactancia contra quienes, con críticas, molestan al manipulador. El socialismo occidental, cuando tiene el viento a favor, cae fácilmente en la tentación de difundir anatemas.

Tenga el viento a favor o padezca dificultades electorales, cuando el socialismo europeo se cuestiona, se plantea habitualmente un único problema. ¿No habrá sido tal vez demasiado *dogmático*? Entendiendo con esto haber sido demasiado fiel a sus propios valores. Para este tipo de autocrítica, la palabra mágica es *pragmatismo*. Una palabra casi siempre mal utilizada. No se es pragmático, en efecto, sólo porque se renuncie a las diferencias contenidas en el propio programa, y por tanto a la propia identidad, haciéndose entonces igual a los otros. De esta manera, precisamente, se aniquila incluso la propia razón de ser.

En otras palabras, para ser conformista, para seguir la corriente, no es preciso (fingir) comprometerse con la izquierda si después se considera que el conformismo, la renuncia a los programas y a los proyectos anunciados sea la salida inevitable del poder, entonces el discurso filosófico-político ya está acabado antes de comenzar.

Esto significaría, en efecto, presuponer que la política es, por su naturaleza esencial, el horizonte donde todo y todos — con respecto a los valores — se igualan, donde cada poder es sólo poder, donde rige la lógica amigo-enemigo que convierte a cada sujeto en intercambiable, donde los valores tienen la simple función de ocultar una voluntad de igual fuerza. Pero así razona quien *evita* ser realista.

Y, sin embargo, esto no significa un elogio a la tradición. Todo lo contrario. La izquierda occidental, si quiere encontrar nuevamente un sentido y volver a reconquistar protagonismo, debe cambiar radicalmente su propio paradigma. No puede limitarse a ajustes tácticos, sino que debe tomar al *individuo* como su punto de referencia básico.

Más aún. La izquierda debe realizar este cambio de paradigma *contra* las derechas, viejas y nuevas, precisamente para reafirmar la fidelidad a los propios valores fundamentales, y adecuarla a las cambiantes condiciones sociopolíticas (posindustriales o como se les quiera llamar). En apariencia, esto es una paradoja. Veamos.

Más que nunca, el individualismo sigue siendo la ideología de la derecha, sobre todo de la derecha nueva y agresiva que hoy trata de contrabandear el privilegio en nombre de la modernidad y el dinamismo. Pero aquí está el quid de la cuestión: el individuo es algo completamente distinto al individualismo. El individualismo constituye la negación ideológica del individuo humano empírico, concretamente existente, ese individuo que somos *tú, yo, todos*.

Individualismo

El individualismo es el reconocimiento de la individualidad sólo para *pocos* individuos, y la supresión del individuo como existencia singular, irrepetible, peculiar, para la mayor parte de los individuos.

La ideología del individualismo reconoce sólo las razones del individuo *triunfador*, en detrimento de las potencialidades y virtualidades de todos los demás, de acuerdo con la lógica de un vulgar darwinismo ético-político. Pero el darwinismo valoriza la lucha por la vida porque tiene en mira la reproducción de la especie y garantiza la supervivencia del género en detrimento de cada individuo.

En otros términos, el individualismo es la ideología de un mundo que ha renunciado a tomarse en serio al individuo, es decir, a *todos* los individuos (cada uno más cada uno más cada uno) de un mundo que no puede generalizar empíricamente, coherentemente, valores que, sin embargo, ha proclamado como universales.

El individualismo también exalta la individualidad, sólo en forma de rédito, de diferencia entre las cuentas bancarias. Por lo demás, es ideología funcional en la más extrema uniformidad, en el más estimulado conformismo.

Precisamente el individuo renuncia en la identidad del consumidor/masa, en la adicción del *teledependiente* (en EE.UU. están a la orden del día las iniciativas médicas para desintoxicar a los niños enfermos de televisión), en la falsa opulencia de la villa con vistas, que en realidad se reduce a una horrible villa con vistas sobre otras horribles villas, donde todas esconden un mundo del resto contaminado y escamotean el ambiente al goce de todos, lo destruyen como bien aprovechable.

La derecha (y las izquierdas que se unen a la ideología del individualismo) mistifica la liberación del individuo, pero en realidad lo entrega al mercado, lo aplasta y lo relega a esta única dimensión. Mientras tanto, se trata de entregar el individuo al mundo, de permitirle el acceso a todos los abigarrados planos de la existencia, ya que el mundo conoce muchas más esferas de la realidad de cuantas pueden imaginar los economistas de Chicago y los nuevos acólitos de la Bolsa.

Hasta hoy, la izquierda ha esquivado más bien este terreno, como si fuera un terreno reaccionario, un terreno del demonio. Mientras que, en verdad, el individuo es el único ente humano realmente existente, el único a tomar como referencia.

También el obrero es, definitivamente, el obrero-individuo. Y si la palabra *liberación* o *emancipación* puede aún tener sentido, debe referirse al esfuerzo para que el obrero-individuo pueda acceder al goce pleno de los diversos ámbitos de realidad, que virtualmente caracterizan a la moderna condición de existencia.

Tradicionalmente, la izquierda ha creído oponerse al individualismo de las ideologías conservadoras no ya en nombre del individualismo concretamente existente, sino de la masa. Como es notorio, hay una explicación. la idea de que el obrero no tuviera otra cosa que perder más que sus propias cadenas. Evidentemente, bajo este perfil, cada obrero era idéntico al otro. Por este motivo, convertir a la masa en el sujeto tenía sentido.

Prescindamos de la validez o no del análisis de Marx si lo referimos a su época, pero hoy, ciertamente (en virtud de sus luchas y no por graciosa concesión), el obrero ya no es más únicamente masa, repetición, identidad tendenciosa. Es, más que nunca, individuo. Puede representar el paradigma, más bien, del individuo-solidaridad, contra el individuo-egoísmo, de la ideología que está de moda. Por este motivo, la izquierda debe comprender de una vez por todas que asumir la *diferencia*, es decir, la riqueza de virtualidad existencial que caracteriza a cada individuo y no a la masa, como punto de referencia propio, constituye un paso adelante decisivo en la comprensión de la realidad contemporánea. Y también un acto de coherencia con los propios valores, y no una rendición a los halagos y a las sirenas de la reacción.

Valorar a la masa significa efectivamente hoy aceptar la existente, sumarse a lo que es, anular a todos en el anonimato. Exactamente lo contrario de aquella emancipación que actualmente significa para cada individuo (y en primer lugar para todos los obreros) un despliegue de la propia singularidad en todos los ámbitos virtuales de la existencia.

La izquierda se presenta entonces como *proyecto libertario* y no como una simple puesta al día del socialismo, como proyecto que se compromete a lograr para todos aquella autonomía de la persona que el liberalismo clásico considera posible sólo para las *clases superiores*.

Tomar en serio al individuo significa tomar en serio la *igualdad de posibilidades*. Una vez más, he aquí una bandera ideológica hasta ahora inadvertida en la práctica. Incluso el compromiso de llevar a cabo la igualdad de las posibilidades ilumina con una luz menos obvia el mismo problema de la democracia política.

Si el universo de la vida moderna es en realidad un *multiuniverso* de posibles planos de existencia (ya no existe una característica *estructural* que nos distinga, sino que cada identidad es el ensamblaje o el *patchwork* de muchos fragmentos en un tiempo unidos y coherentes, hoy a menudo dispersos, contradictorios, pero de cualquier modo siempre *abiertos*: identidad religiosa, étnica, lingüística, nacional, política, cultural, científica, de *status*, de beneficio, de hábitos y gustos sexuales, de preferencias deportivas, etcétera), entonces la esfera de la política, si fuera democrática, debería desempeñar un papel de características muy especiales.

En efecto, la política constituye el ámbito de la existencia donde el máximo de experiencia colectiva puede (debe) encontrarse con el máximo de especificidad individual. La política decide, *ergu omnes*, el papel, jerarquía, vínculos, de las otras esferas de existencia, y al mismo tiempo llega a la decisión (democrática), a través de la contribución de las voces que han elaborado su propia opinión libre, por medio de una acción comunicativa. Todo esto dentro de un marco institucional, de simetría (material, no sólo virtual) de todos los participantes (es decir, de *cada* ciudadano) en relación con las fuentes significativas. información, organización, expresión.

La secuencia histórica que ha llevado al *Estado social democrático de derecho* se muestra en esta perspectiva de valor también como una concatenación lógico política. El carácter social de *welfare* puede desaparecer o corromperse en caso de entrar en crisis el carácter democrático de la vida pública, y ésta a su vez puede convertirse en un atropello si fueran cercenadas las precondiciones que garantizan la democracia.

Y con cuánta frecuencia esto sucede ante nuestros ojos. Un servicio público se vuelve ineficaz (y, por tanto, ya no es más social, porque castiga a todos aquellos que no pueden permitirse un servicio privado alternativo, ya sea sanitario, de enseñanza, de transporte) porque una burocracia política lo gestiona con criterios de clientela.

Sin embargo, una ley que castiga la evasión fiscal, la contaminación ambiental o la crueldad en una comisaría de policía, o la simple prohibición de estacionamiento, es aplicada arbitrariamente por el Ejecutivo. La cambiante voluntad del Ejecutivo sustituye así, de hecho, a la ley. Reproduce privilegios materialistas, divide a los ciudadanos en dos categorías. aquellos que deben respetar la ley y aquellos que pueden violarla alegremente.

El proyecto libertario adquiere, por tanto, con rigurosa coherencia, el valor prejudicial de la legalidad con respecto al consenso y de la democracia con respecto al *welfare*.

Una izquierda a la altura del nuevo paradigma debe ser intransigente, sobre todo si el poder, al garantizar, promover, reforzar aquellas irrenunciables condiciones preliminares de la democracia política, constituidas por una prensa y una televisión irreductiblemente críticas e independientes, por un movimiento sindical autónomo de los partidos, por un mundo de la ciencia, de la cultura, de la educación decididamente libres de condicionamientos, se mantiene ajena a toda tentación de *favoritismo*. Por este motivo precisamente ya no es libre, sino que está comprometida cívica y políticamente con la crítica más que con el poder.

Finalmente, y sobre todo, una democracia para el individuo, y, por tanto, una izquierda que se renueve en torno a un proyecto libertario, no puede tolerar que la política se convierta en una esfera de *exclusión*, un monopolio para una corporación de *profesionales*. La esfera de la política debe permanecer abierta, más que nunca permeable a las competencias y a los hombres de la sociedad civil. Más que nunca debe ser multiforme, habitada no sólo por partidos (con estructura interna democrática), sino también por movimientos, clubes y asociaciones.

Las indicaciones, totalmente sumarias, desarrolladas hasta aquí desembocan en una conclusión obligada. La izquierda realmente existente, el socialismo europeo, que hoy parece propenso a una etapa de búsqueda y autocrítica, también está dispuesto a suscribir muchos de los puntos de vista de un proyecto libertario, aunque en su práctica cotidiana tienda, muy a menudo, a orientarse hacia decepcionantes direcciones, a la abdicación en el individualismo de derechas, a la vuelta pura y simple a un socialismo de masa o, tal vez, a una chapucera e improvisada contaminación de estas ideologías con el pacifismo, el feminismo y otros *ismos*.

** Paolo Flores D'Arcais es director de la revista italiana de pensamiento **Micromega***